

Francisco Javier López Morales

Influencias de la arquitectura y el espacio prehispánicos en el hábitat vernáculo actual

Introducción

Uno de los tópicos recurrentes que se debaten en el mundo contemporáneo, ante las amenazas de las ideologías globalizantes y totalizadoras del fin del milenio, es el retorno a las raíces culturales que definen a cada pueblo.

En México, esta preocupación pasa por el rescate de la identidad del abigarrado grupo de comunidades indígenas y mestizas que conforman un invaluable legado cultural.

El viaje de Cristóbal Colón en 1492 marcó el encuentro de dos mundos diferentes, separados por el gran océano. La expansión de fronteras determinó también el mestizaje y la creación de una conciencia colectiva en todo el orbe. Los perfiles de una nueva sociedad fueron modelándose a partir de aquel momento en el que, con estupor, se rompió la continuidad de las culturas americanas, cuya civilización fue producto de largos milenios.

La conquista de los territorios americanos implicó la sumisión de las comunidades indígenas y el derrumbamiento de los mitos y las creencias de sus antepasados. Sobre los escombros del viejo hogar destruido, muchos buscaron reconstruir el antiguo orden cósmico, pero el trauma fue profundo. Los elementos que integraban su identidad habían sido mutilados y transformados: el espacio humanizado cambió; las ciudades antiguas fueron destruidas; las lenguas aborígenes sucumbieron a la castellanización y los indios fueron despojados de sus pertenencias. Sin embargo, se dice que la vitalidad de la cultura del México moderno, su diversidad y complejidad son interpretadas como efectos residuales de una sólida civilización mesoamericana.

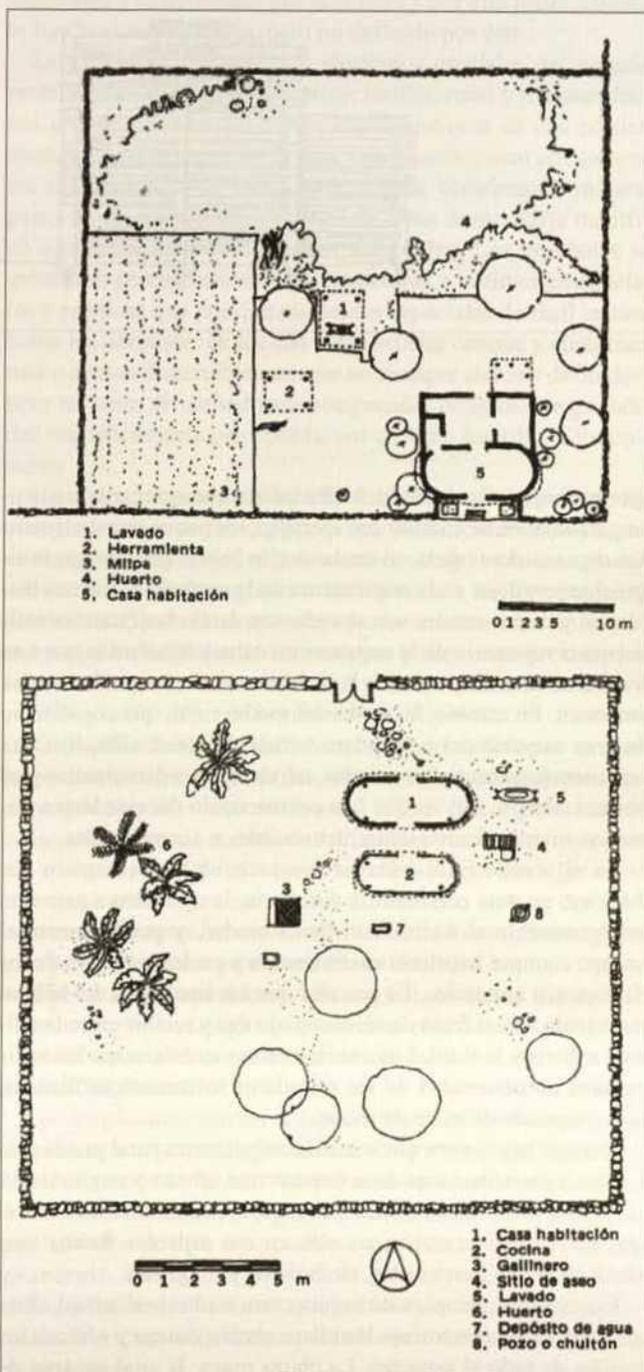
Muchos de los rituales y mitos prehispánicos permanecieron adormecidos y ocultos entre el pueblo. El sincretismo se originó en el mismo momento en que se inició la conquista espiritual; la instauración del culto a la virgen guadalupana es paradigma de la mezcla entre la religión impuesta y las transfiguraciones de raíz prehispánica. El gran dios de las semillas, Huitzilopochtli –adorado por los aztecas– aparece ya en la obra de sor Juana Inés de la Cruz, *El divino Narciso*. Las mezclas no sólo se consuman en lo espiritual y cultural: desde el inicio de la colonización los reyes católicos habían recomendado los matrimonios mixtos.

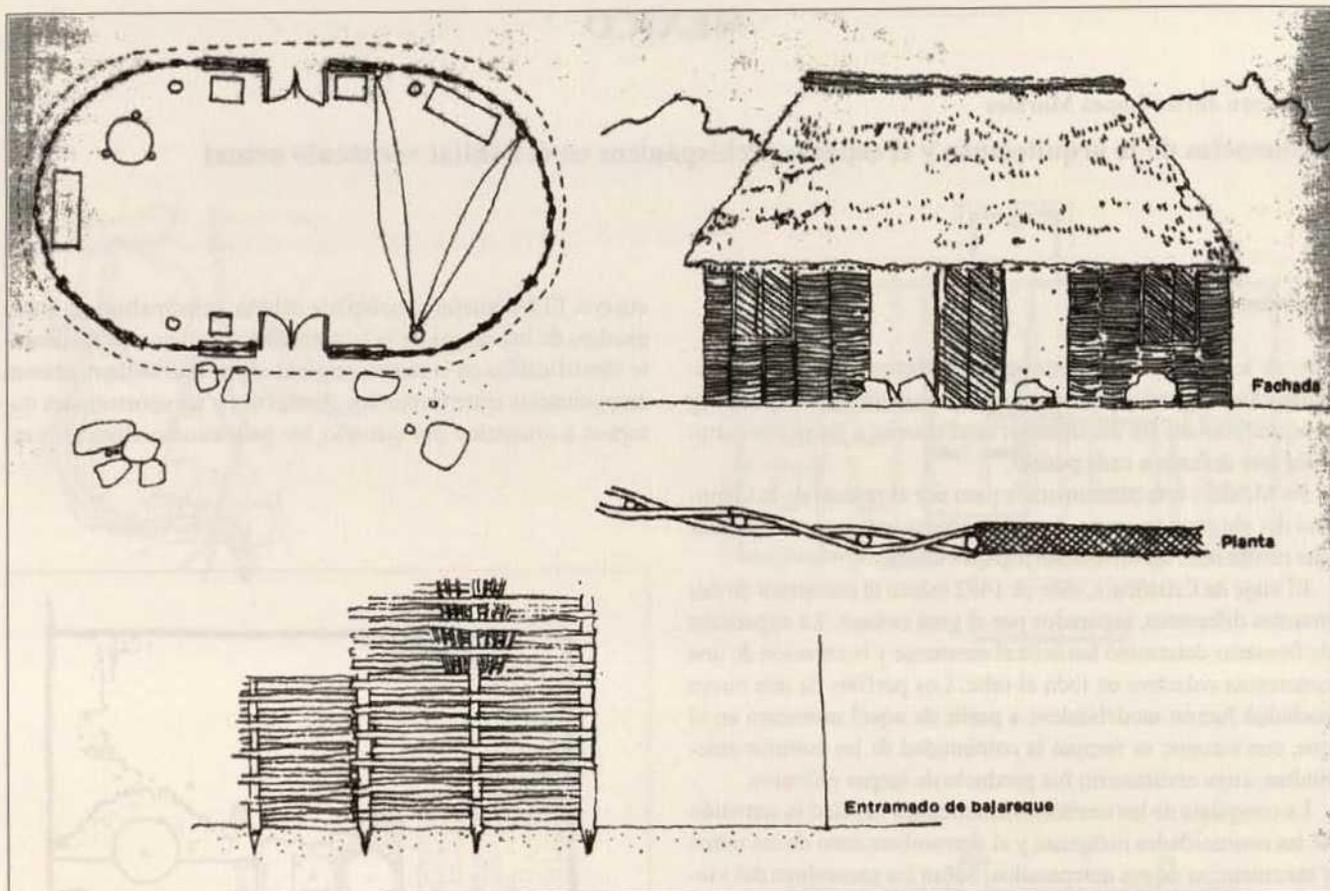
Los espacios y la arquitectura en el mundo prehispánico

En el campo de la arquitectura y el territorio construido el mestizaje se produjo desde el primer contacto. En este artículo nos interesa indagar cómo operó este mestizaje y las influencias que el mundo prehispánico ejerció sobre distintos tipos de arquitectura tradicional que sobreviven hasta nuestros días, teniendo como marco la dimensión espacial en la que toman sentido y escala.

Explicar exhaustivamente las múltiples influencias que la arquitectura prehispánica legó al México colonial y contemporáneo es evidentemente un desafío que rebasa el espacio de este

ensayo. El fenómeno se complica debido, principalmente, a que muchos de los rasgos de la arquitectura actual no son fácilmente identificables en la matriz original. Al mismo tiempo, existen coincidencias entre elementos aborígenes y las aportaciones europeas u orientales: por ejemplo, los patios como elementos or-





ganizadores de la vivienda. A ello habría que agregar la siguiente paradoja: en orientales: por ejemplo, los patios como elementos organizadores de la vivienda. A ello habría que agregar la siguiente paradoja: en la arquitectura de la ciudad, las fuentes históricas y documentales son abundantes; éstas clasifican normalmente el repertorio de la arquitectura culta y académica que a su vez se caracteriza por sufrir las transformaciones que las modas imponen. En cambio, las casas del medio rural, que constituyen la gran mayoría del patrimonio vernáculo construido, son rara vez mencionadas en los escritos, narraciones o documentos y, al mismo tiempo, son las que han permanecido durante largos periodos sin transformaciones reconocibles o considerables.

En el mundo rural nada ha desaparecido por completo. En México, un país con historia milenaria, la agricultura precedió evidentemente al nacimiento de la ciudad, y precisamente el campo siempre imprimió su dimensión y carácter al resto de los fenómenos culturales. Es por ello que las tipologías del hábitat vernáculo son el fruto de un complejo dar y recibir entre la cultura urbana y la rural. Los confines entre ambas, o sea los testimonios de paternidad de las singulares soluciones estilísticas, son a menudo difíciles de trazar.

Aunque hoy menos que nunca la arquitectura rural puede sustraerse a las influencias de la arquitectura urbana y modernizante, conserva de manera clara y sin mayores alteraciones los rasgos de tiempos remotos, no sólo en sus aspectos físicos sino también en los funcionales, simbólicos y religiosos.

Existen dos ejemplos de arquitectura tradicional actual, donde se perciben claramente las raíces prehispánicas y ofrecen los límites de todo el espectro. La choza maya, la cual encarna de

manera ilustrativa la vigencia de la tradición, la continuidad a través de los siglos, la validez de las soluciones eternas, la sencillez y la dignidad. Es una arquitectura donde el ingenio se combina magistralmente con el sentido práctico y donde se descubren las riquezas del saber popular. En cambio, el segundo ejemplo, la casa de maguey, en la zona del Valle del Mezquital, constituye la otra cara de la moneda: es un grito de alerta por su inminente extinción. Padece la misma suerte de muchas otras etnias, cuya cultura sometida y agraviada sucumbe ante la avalancha de los valores "modernos" y por la relación asimétrica que existe entre los grupos hegemónicos urbanos y mestizos y las comunidades indígenas marginadas.

Mutaciones espaciales durante el periodo colonial

España fundamentaba su política de colonización y ocupación del territorio en el papel estratégico de la ciudad; la explotación de recursos agrícolas y mineros se hizo siempre a partir del núcleo urbano. Las ciudades de América constituyeron el foco de expansión y difusión de la cultura impuesta; la conquista se explica en su carácter urbano. El mestizaje fue posible en el tejido urbano por el constante roce de los grupos y castas que lo habitaban. La ciudad fue el asiento de los colonos europeos, pero muchas de las urbes del Nuevo Mundo se erigieron sobre las ruinas de los principales centros indígenas.

En Nueva España se fundaron más de 30 ciudades y pueblos para españoles antes de 1574 y la mayoría logró consolidarse merced a la labor de los trabajadores indígenas. Si bien la ciu-

dad fue el baluarte colonizador europeo, el campo constituyó el refugio y el espacio de continuidad del indio. La desubicación, "nepantlismo" causado al indígena en el nuevo escenario urbano, era contrarrestado en el espacio rural donde quedaban casi intactos los puntos de referencia del mundo mítico anterior.

El territorio y el espacio ocupados en el mundo prehispánico han sido poco estudiados. La permanencia de lo antiguo, sin cambios o alteraciones, es prácticamente inexistente. Las formas de organización del espacio, esenciales en la representación del mundo precolombino, han desaparecido casi por completo. En ciertos lugares prevalecen, sin embargo, algunas comunidades que perpetúan prácticas rituales traducidas en el espacio doméstico ceremonial y que hablan de las transformaciones y mutaciones que sufrieron al contacto con la cultura impuesta.

Estos cambios impuestos por la política colonial fueron invariablemente forzados y ejecutados a contrapelo de las tendencias nativas y de la resistencia al cambio por la mayoría de los grupos que habitaban nuestro territorio. Esta reacción debe ser entendida como el más efectivo medio para la defensa de la cultura autóctona.

La gran mayoría de las comunidades han sido mucho menos permanentes y estables de lo que originalmente se pensó. La sociedad indígena del siglo XVIII era muy diferente a la del siglo anterior y su ámbito de acción rebasaba ampliamente los estrechos límites de una colectividad campesina.

Organización espacial indígena

La denominación colonial de "Pueblo de los Indios" deriva del *altepetl* prehispánico, *altepeme* en plural, que constituía el elemento básico en la organización política de toda Mesoamérica, desde su nacimiento hasta su virtual desintegración a finales del siglo XVIII. En la civilización mesoamericana prevalecía una estructura espacial diferente a la europea que privilegiaba los or-

denamientos concentrados y centralizados sobre los dispersos o difusos, de lo cual derivó un notable afán por congregarse a la población y definir cabeceras.

En la etapa final de la historia de *los altepeme* fue de enorme trascendencia la naturaleza cambiante de los diversos lazos y relaciones que ligaban aquellos componentes de los pueblos que se expresaban espacialmente, en particular los designados como "cabeceras" y "sujetos" en el lenguaje colonial. Estas relaciones se habían tejido en tiempos prehispánicos y fueron reinterpretadas con la Conquista. Por otra parte, debido al importante proceso de las congregaciones, no siempre fue fácil conservarlas; subsistieron mientras fue posible y los integrantes reconocieron la legitimidad y vigencia de un elemento de unidad. Cuando este lazo fue cuestionado, los pueblos entraron en crisis.

El espacio regional estaba articulado sobre la base de un conjunto funcional de relaciones espaciales y percibido como individual por quienes participaban en él. También era un espacio cambiante y determinado por la cultura y por ello históricamente ligado al medio físico, pero no definido por éste.

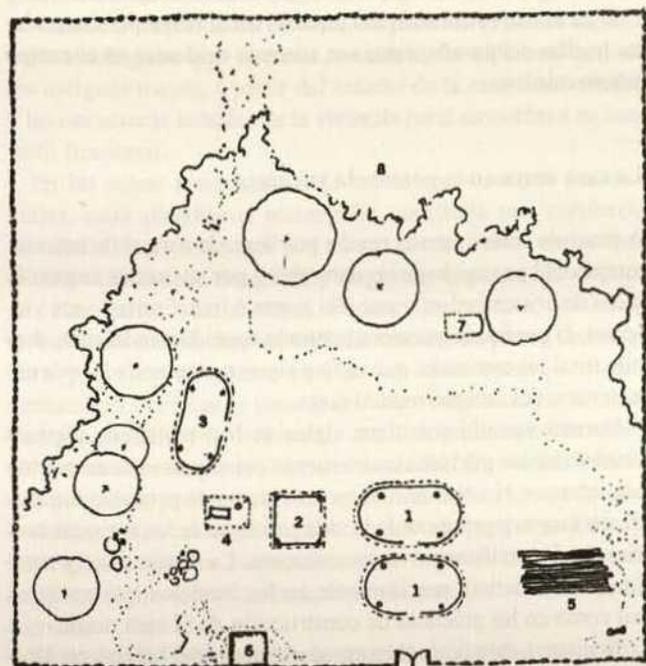
La Conquista reordenó los elementos cruciales del espacio prehispánico; los antiguos centros, límites, rutas y regiones fueron a menudo alterados con el establecimiento de una capital, mediante la demarcación de una jurisdicción como consecuencia del desarrollo de nuevas actividades económicas: minera, pastoreo, mesta. La consolidación de áreas de mestizaje modificó sustancialmente los espacios del centro. Los españoles se mostraron perceptivos ante las estructuras e instituciones sociales y políticas que poseían elementos espaciales de fácil lectura como los *altepeme*, en los que cabía señalar centros y contornos más o menos discernibles aunque no siempre claros y definidos; pero tuvieron dificultad para comprender otras cuya espacialidad era difícilmente perceptible, por ejemplo las tribus o los *calpultin*.

Los altepeme, además de ser la célula básica de organización, eran pequeños espacios orgánicos que podían entenderse y aprovecharse aisladamente, sin enfrentar la complicada cuestión de estructurarlos en un espacio mayor o en una red de relaciones más extensa; por ello respondían perfectamente a las limitaciones y a las necesidades de los europeos y muy en particular a los requerimientos de la encomienda, la evangelización y el control político y económico de la población indígena.

El "Pueblo de los Indios", heredero colonial *altepetl* prehispánico, estuvo en el eje de las relaciones entre españoles e indios, debido a sus características no sólo políticas sino también espaciales. Algunas actividades diferentes construyeron su propia y novedosa red de relaciones espaciales y eso dio lugar a una superposición de dos estructuras diferentes e incluso dos concepciones distintas del espacio. Muchos de los conflictos y litigios jurisdiccionales provienen de esa dualidad.

A pesar de las transformaciones sufridas a través del tiempo, algunas regiones indígenas continúan practicando comportamientos espaciales como lo hacían sus ancestros, sólo que con nuevos "disfraces".

Los desplazamientos en el espacio tradicional de los zinacantecos ilustran claramente lo anterior. Esta etnia maya forma parte de los grupos indígenas asentados en las zonas serranas de los Altos de Chiapas, cuya organización doméstica está integrada por unidades de dos, tres, cuatro o cinco casas dentro del conglomerado. Se trata, en general, de grupos residenciales de familias patrilocales extensas que habitan unidades amplias, llamadas *Sna* (casa de) y dichas unidades se constituyen en función de los linajes.



Planta de conjunto de un solar Maya

En el esquema A se muestra el movimiento de la gente desde sus casas hasta las cruces en el centro del patio en donde oran y hacen ofrendas, luego se dirigen al temazcal; todos los movimientos se realizan dentro del sitio con un profundo significado, no sólo en las ceremonias curativas, sino a lo largo de todo el ciclo ceremonial.

No se hace ninguna entrada ni salida de la casa sin antes decir las oraciones en las cruces del patio. El temazcal posee el mismo significado curativo que en otras regiones mesoamericanas.

En el esquema B observamos un típico circuito ceremonial que se realiza durante la fiesta de *Kin Krus* de un *Sna*; el movimiento se hace en sentido contrario al de las manecillas del reloj. El grupo ceremonial reza al "dueño" de la tierra y dirige también sus ruegos a los ancestros que les han heredado la tierra; en este circuito de nueve grupos de cruces los participantes también trazan ritualmente los límites aproximados de sus tierras.

Hay otra figura que muestra el desplazamiento de los habitantes hacia el manantial sagrado, foco de la ceremonia de *Kin Krus* y de importancia crucial porque es la única ocasión donde participa todo el grupo.

En el esquema C vemos el movimiento ceremonial hacia las cuatro montañas sagradas durante el rito curativo. Primero, visitan en orden riguroso las tres montañas, en cuyas cimas se dicen oraciones; en la cuarta se alza el calvario y se desarrollan ritos especiales -como el sacrificio de una gallina negra- durante los cuales no se puede visitar ninguna de las otras montañas. El enfermo hace esta peregrinación ritual sin importar la distancia de su *Sna*.

Por último, en el esquema D vemos desplazamientos ceremoniales más complejos, realizados en mayores distancias geográficas y por grupos más numerosos; se efectúan desde las tierras altas hasta las bajas para trabajar las milpas en las zonas calientes. Si bien este movimiento es de carácter económico, no carece de significado ritual ya que está ligado a las ceremonias que se realizan en las milpas.

Igualmente, las fiestas traen consigo movimientos entre cada una de las poblaciones de los parajes. Zinacantán rige la vida ceremonial y política de una gran área a su alrededor; los desplazamientos ceremoniales rítmicos y de la parafernalia ritual ligan al centro con los parajes adyacentes y con los ramales situados más allá de sus fronteras. Vogt, quien ha hecho un profundo estudio sobre este grupo indígena, señala que debido a un cierto número de hechos fundamentales, esta región guarda un sentido estructural espacio desde tiempos antiguos en forma relativamente imperturbada, aunque con diferentes escalas de tiempo.

Si en el uso estructural del espacio ritual maya persisten claras huellas del pasado, éstas son aún más evidentes en el campo arquitectónico.

La casa maya en la península yucateca

A pesar de constituir una región privilegiada para el turismo internacional por sus bellezas naturales y por sus zonas arqueológicas de primer orden, y por ello sujeta a transformaciones violentas, la península yucateca continúa reproduciendo en su ámbito rural la estructura que rigió y sigue sustentando la vida comunitaria del antiguo mundo maya.

Durante los últimos cinco siglos se han registrado algunos cambios en los pueblos rurales mayas, principalmente en sus trazos urbanos. No obstante, sorprendentemente persisten muchos de sus rasgos y prácticas de la vida cotidiana de los antiguos centros de alta civilización mesoamericana. La continuidad y similitud se conservan precisamente en los modelos residenciales, así como en las prácticas de construcción de la casa maya.

Recientes estudios sobre etnohistoria del hábitat prehispánico maya en las tierras altas de Guatemala y excavaciones



Unidad de servicios de la Zona Arqueológica de Edzna, Campeche. (Modelo inspirado en la arquitectura tradicional del sitio)



Vivienda vernácula de la zona maya de Campeche. (En ella se aprecian los soportes estructurales)

Adaptación de la arquitectura tradicional a las necesidades modernas



arqueológicas en la península de Yucatán, dan testimonio de la permanencia de los modelos residenciales durante largos periodos.

La construcción de la choza maya actual en las zonas rurales yucatecas presenta principalmente tres tipos de planta arquitectónica: a) absidal o en culata; b) rectangular y c) rectangular con los extremos redondeados. De acuerdo al trabajo exhaustivo que sobre la casa maya moderna hiciera Robert Wauchope en 1938, la zona peninsular ya no tenía en esa época viviendas de planta cuadrada; en cambio, éstas eran comunes en los altos de las sierras chiapaneca y guatemalteca y en los registros de las excavaciones en las zonas de Cobá Dzibilchaltún y Uxmal, Yucatán, aparecían con frecuencia casas de planta cuadrada e inclusive circular.

La disposición, la forma de la planta y los elementos constructivos de la casa indicaban también el nivel social, el grupo social y hasta de la etnia a la cual pertenecía cada habitante. Las casas de planta absidal eran atribuidas a los mayas yucatecos y si, por ejemplo, contaban con banquetas interiores en forma de "c" se atribuían a los itzaes. En las regiones montañosas del Puuc o en el mismo Petén predominan las casas de planta rectangular; en cambio en la zona de Dzibilchaltún o en el actual Belice encontramos construcciones de planta absidal y circular. Las áreas cubiertas por la casa varían de rango de acuerdo a las diferentes regiones y van desde 500 metros cuadrados, en Tikal, hasta 14 metros cuadrados en la zona de Campeche. Podemos afirmar, sin embargo, que muchas de las áreas reducidas aumentan durante el periodo clásico.

La techumbre de las viviendas era de bóveda falsa en saledizo o más comúnmente de materiales vegetales como se siguen construyendo en la actualidad. La presencia y diversidad de formas en la construcción y en la disposición de los pueblos daban testimonio de la enorme gama de morfologías urbanas en el mundo maya, pero también señalaban la fuerte estratificación de la sociedad.

La forma de una casa no es simplemente el resultado de fuerzas físicas o de un factor casual único, sino la consecuencia de una serie de factores socioculturales considerados en su más amplio sentido. Las analogías específicas entre la habitación antigua y la actual en el área maya son sorprendentes, y pueden establecerse a través de un estudio comparativo entre los análisis paleoetnológicos que intentan reconstruir la vida cotidiana de los antiguos mayas, a partir del estudio de la casa como unidad y las estructuras actuales de la vivienda rural asociadas a su contexto funcional.

En las zonas residenciales de los antiguos centros ceremoniales, cada plataforma rectangular constituía una residencia familiar. Observamos que una misma forma cubría varias funciones: habitación, despensa y lugar de depósito de objetos de culto. En las mismas zonas residenciales existían, igualmente, otras estructuras de plan variado: cocinas en planta de herradura y hornos circulares para la cal. Los estudios citados demuestran y refutan la idea de que las ciudades mayas estaban vacías casi siempre y solamente acudían a ellas en ocasiones de grandes ceremonias, fiestas o mercados. En realidad había una población permanente más numerosa de la que se suponía. Podemos observar que muchas de las antiguas funciones y los espacios que las sustentaban siguen presentes; el espacio indígena sigue reproduciéndose como antes, al menos en su esencia.

El solar maya constituye en la actualidad la unidad residencial más importante de la comunidad; es el sitio físico donde la fa-

milia extensa crece y organiza la vida cotidiana. El estatus y el desarrollo del grupo doméstico se refleja en el número de generaciones y parientes que ahí viven. La existencia de casas y cocinas separadas indican también la independencia o subordinación entre padres e hijos.



Choza Maya con algunos elementos modernos



Casa Maya de planta rectangular

Estructura de la techumbre de una vivienda tradicional Maya (En ella se aprecia la colocación de la palma)

